

DOS TAPONAZOS DE CHAMPAGNE Y UNA COYUNTURA

TAL vez la explosión atómica francesa del atolón de Mururoa no haya sido más que «un taponazo de champagne», como dice alguno de sus más irónicos y crueles comentaristas. Las opiniones mundiales le son desfavorables. Pero son contradictorias entre sí. Por una parte se advierte que la pequeña bomba es inoperante, que el retraso nuclear de Francia con los países superdesarrollados militarmente nunca se podrá colmar, que no se modifica la estrategia europea. Por otra, que sus radiaciones ponen en peligro el Pacífico, las costas de América, el Japón; que supone una amenaza para la paz mundial; que es un paso más en la proliferación atómica. Cuando las opiniones se tiñen de interés político no se detienen ante estas contradicciones: son burdas, toscas. Un ejemplo es que los Estados Unidos hayan protestado del ensayo, cuando ellos mismos han procedido en el Pacífico a unas 95 explosiones de mayor envergadura que la francesa. Las opiniones a favor —que emanan unánimemente del gobierno francés y sus satélites mentales— están igualmente fuera de la medida de la lógica. El Ministro de los Ejércitos, Messmer, repite ahora la vieja y desprestigiada idea de que el armamento atómico disminuye los riesgos de guerra, sobre la base del repudiable «equilibrio del terror». El «Figaro» —diario conservador de París— se satisface de que estas «coronas de corales muertos» se hayan convertido en un conjunto de «talleres, laboratorios, hoteles y bungalows» donde «millares de personas encuentran condiciones de vida aceptables». Más extraña es la opinión tan literaria del profesor Francis Perrin —alto comisario francés de Energía Atómica—, según el cual «lo probable es que las pruebas nucleares en Polinesia incrementen el grado de radiación de los habitantes de Tahití, mucho más por el aumento de relojes con cuadrante luminoso, que será un resultado de la elevación del nivel de vida de los trabajadores en el Centro de Experimentación en el Pacífico que por la caída de partículas radiactivas procedentes de la explosión de Mururoa». La revulsión moral que encierra esta idea —elevación del nivel de vida a base de ensayo de bombas nucleares— es demasiado fuerte. En realidad, el ensayo francés en Mururoa, el estallido de la pequeña e inútil bomba, no merece una campaña tan amplia de indignación en el mundo, si se considera en cuanto a sí misma, a sus riesgos reales, a su futuro de agresión militar. Es un problema puramente político. Es un paso más en los intentos franceses de desgajamiento del mundo en que hasta ahora estaban comprometidos —el mundo de occidente, el mundo de la OTAN, donde la fuerza conjunta está subordinada militar y políticamente a la del asociado mayor y más poderoso, los Estados Unidos— y se puede asociar fácilmente a lo que para muchos es otro taponazo de champagne: el viaje de de Gaulle a Moscú. También aquí los comentaristas se contradicen: oscilan entre asegurar que sus consecuencias han sido mínimas, que ninguno de los dos países —Francia y la URSS— ha variado un ápice su estructura política, que no ha habido concesiones mutuas; y, el polo opuesto: que supone una traición a Occidente, que es el principio de la desintegración de la OTAN y de la rotura de todo lo que hasta ahora era válido en Europa.

Es difícil no ligar los dos hechos entre sí —la bomba y el viaje—, puesto que los dos son fruto de una misma política y de ellos es responsable un mismo hombre. Y son simultáneos. Su análisis conjunto puede llegar a consecuencias inquietantes. Puede ocurrir que de Gaulle haya «regresado de Moscú profundamente convencido de que los dirigentes soviéticos aman sinceramente la paz y que el peligro de una agresión militar soviética pertenezca al pasado», como escribe en Londres el «Daily Mail». Esto haría pensar que la bomba francesa no está pensada para defenderse de una agresión que no existe. ¿Contra quién, entonces? ¿Contra Estados Unidos? ¿Contra una Alemania de militarismo y de nazismo renacido? Quizá contra nadie. Quizá sea solamente un lujo, un arma de propaganda, una demostración de que pueden tenerla, una afirmación de nacionalismo. Como aquellos hidalgos pobres de la novela picaresca española que se llenaban de migas la barba para que los demás creyeran que habían hecho una opipara comida. Pensemos en cuántos pequeños países de los que no tienen la bomba darían mañana la mitad de sus tesoros por poder tener un artefacto que ensayar, un hongo atómico que mostrar a los demás, para subir en la estimación de sus vecinos y hacer oír su voz con más fuerza. Puede ser una explicación frívola, pero no ajena al carácter espectacular y ritual del Presidente de Gaulle y al fondo teatral de la política francesa. A esta misma luz se

puede examinar el viaje a Moscú, y el derroche de decorados con que de Gaulle ha sido recibido demuestra que los soviéticos conocen bien a su hombre. Parece que los dos taponazos de champagne, los dos acontecimientos, el viaje y la bomba, son, sobre todo, una demostración, una exhibición. Una muestra de que Francia se basta a sí misma y que los franceses pueden votar tranquilos por el U. N. R. —partido del General— en las próximas elecciones legislativas. Para muchos desdeñosos, el viaje de de Gaulle y la bomba de de Gaulle son puramente electorales. Las campañas electorales ya no se hacen en provincias ni en mítines: se hacen en el extranjero. Como de Gaulle en Moscú, como Robert Kennedy en África del Sur. Todo lo dicho no quiere significar, sin embargo, que estos actos tengan solamente un valor formal y politiquero, que no vayan a tener consecuencias y que no estén cargados de significación trascendente. Los pilotos sin motor aprovechan las corrientes del viento para llevar sus armazones de aluminio donde quieren y todo el tiempo que pueden. Los grandes políticos aprovechan las coyunturas para volar cada vez más alto, aunque no tengan fuerza propia, aunque no tengan motor. De Gaulle es un gran político y conoce la coyuntura. Aprovecha los vientos del mundo.

SE llama coyuntura, en política, a «series independientes de acontecimientos que pueden encontrarse, y a veces chocar violentamente» (Cournot). Para algunos, «la coyuntura es el tipo mismo del acontecimiento colectivo e involuntario» (Bouthoul). Se tiende, cada vez más, a evitar el carácter involuntario de los acontecimientos que forman una coyuntura. Por ejemplo, en las políticas medievales —y hasta en la edad moderna— una mala cosecha podía dar lugar a acontecimientos políticos —hambre, revueltas, o simplemente dimisiones de gobierno, cambios electorales—, mientras que hoy se tratan de paliar sus consecuencias con toda una serie de instrumentos económicos: importaciones de choque, seguros agrícolas, constitución de reservas y otros medios. La demografía puede ser otro ejemplo: el crecimiento desmesurado de la población en ciertos países puede provocar cambios políticos en dichos países y amenazar el equilibrio mundial —descolonización, predominio de la juventud...— y se trata ahora de dominar ese aspecto de la coyuntura mediante la aplicación, tan discutida, de los controles de natalidad. En nuestro tiempo la coyuntura es más compleja que nunca. Las series de acontecimientos que la producen tienen a veces procedencias lejanas. Un golpe de estado en un pequeño país africano repercute en las relaciones de los dos bloques; una sequía en la India atañe al mundo entero. Un estudio completo de la coyuntura de nuestro tiempo requeriría un grueso volumen: no cabe aquí. Pero sí es fácil ver algunas de sus líneas principales. Concorre en este momento histórico una enorme abundancia en un sector del mundo que llamamos Occidente, y se habla de la «sociedad de la abundancia». Ocurre un despertar de muchos pueblos, fortalecidos por la abundancia de su demografía, que tratan de participar en esa sociedad de la abundancia. Pero la abundancia se escapa muchas veces de las manos y conduce a la inflación —véase el caso de Holanda—; la demografía es un arma inconsciente y lleva a la pauperización y a la agresividad. El máximo poder del mundo está en manos de dos países: Estados Unidos y la Unión Soviética. Estados Unidos pasa en estos momentos por una etapa de frustración: su enorme fuerza militar se ha puesto a prueba en una guerra —la del Vietnam— y no le basta; los gastos de esa guerra comienzan a amenazar su situación interior, su unidad política y su economía y, al mismo tiempo, existe la amenaza de una extensión de un conflicto con las mismas características desfavorables a un país inmensamente mayor que al que ahora trata de combatir: China. La utilización de todo su arsenal militar podría enfrentarla con la URSS. La URSS, a su vez, vive pendiente de esa amenaza y de otra frustración: su ideología de base, el comunismo, siendo estrictamente internacionalista, sufre de una división como consecuencia del desgajamiento de China, la cual a su vez es incapaz de reconvertir su comunismo como lo ha hecho la URSS porque debe utilizarlo como un sistema de defensa inmediato ante la amenaza de los Estados Unidos. Los dos grandes colosales del arma atómica —la URSS y Estados Unidos— aparecen como inmovilizados, como hipnotizados por esta situación; el gran coloso demográfico —China— ha ido poco a poco per-

COYUNTURA APROVECHADA

por **EDUARDO HARO TEGGLEN**

diendo su fuerza de penetración en el mundo de los subdesarrollados precisamente por esta necesidad de adoptar una morfología guerrera. Por debajo de estas situaciones momentáneamente fijas existe una corriente de opinión mundial, presente en todas las naciones, que se basa en estos puntos: 1.º (y principal), la urgencia en evitar a toda costa un conflicto atómico; 2.º, el deseo de terminar con la política de bloques que entraña un continuo peligro y que somete a las naciones inscritas en cada uno de ellos a una inevitable satelización; 3.º, la necesidad de perfeccionar el final de los colonialismos asegurando a los países subdesarrollados una independencia real y un nivel de vida admisible; 4.º, la reestructuración de las políticas nacionales de forma que no estén sujetas a los puntos fijos de la guerra fría —los famosos «antis»— que falsearon y falsean aún las bases auténticas de la democracia; 5.º, el internacionalismo económico que permita la estabilización de la abundancia y la elevación del nivel de vida; 6.º, la expansión de unas libertades que han sido anunciadas y que están tardando en llegar —libertad de la juventud frente a las clases senatoriales, libertad de la mujer frente al mundo masculino, libertad del trabajador frente al sistema capitalista, libertad del intelectual frente a las mil censuras que impiden la expansión de su pensamiento, libertades raciales, geográficas, políticas...—. Es muy seguro que si los países más poderosos, lo que llamamos las «superpotencias», pudieran liberarse de este sistema vectorial que los inmoviliza se habría dado un paso muy grande y muy importante hacia la consecución de esas aspiraciones públicas. Si los Estados Unidos no estuvieran enzarzados en la guerra del Vietnam y no estuvieran mermados por la inmensidad y la demografía de China, Johnson podría haber sido un viajero a Moscú mucho más eficaz y mucho más realista que de Gaulle. No es así, no puede ser así.

El hecho de que el General de Gaulle busque todos los resquicios de esta coyuntura le caracteriza como un gran político. Es indudable que Francia no tiene una fuerza real como para cambiar las coyunturas. Su bomba no es capaz de modificar las estrategias del mundo, su alianza precaria con Moscú no puede suponer por sí sola la oposición de bloques. Pero ambos hechos se inscriben en la tendencia de la corriente mundial de pensamiento: la traducen, aunque sea de una manera tosca y solamente aparente. En pocas palabras, revela lo que es posible. Es posible para los pueblos de Occidente entenderse con Moscú, establecer una paz duradera, resolver los problemas europeos. Lo que era una teoría, un ensayo ideológico, que a algunos intelectuales que lo han lanzado les ha costado más de un disgusto, es ahora una práctica. Un país como Francia —los países como Francia— puede reconocer a China y mantener con ella relaciones cordiales, puede negarse a depender para su defensa de una organización con cabeza en una superpotencia, puede firmar pactos con la URSS. Los ministros de de Gaulle son viajeros de comercio de esta propaganda positiva. Malraux en China, Couve de Murville en Rumania y Checoslovaquia, de Gaulle en América española y próximamente en Asia, en Camboya, tratan de predicar que las tendencias ideológicas puras de las opiniones públicas no son utópicas. Rumania puede independizarse del Pacto de Varsovia sin dejar de ser comunista; Hispanoamérica puede desgajarse de Estados Unidos sin necesidad de ser comunista...

Esta demostración sirve, al mismo tiempo, para obligar a las superpotencias a salir de sus puntos fijos. Si no lo hacen, si no siguen este camino, «pierden la cara» y sus tópicos de defensa de las libertades, de construcción de un mundo mejor, de... Es posible que de Gaulle busque móviles de pequeña política nacional, de triunfos electorales o de fijación en el poder de su partido. Sin duda busca algo más: su entrada directa en la historia. Sea cual sea su móvil, ésta es una cuestión de escasa importancia. La realidad es que ha iniciado ya un movimiento de gobernantes en su propio sentido tanto en un lado —Rumania— como en el otro de Europa: Wilson va a viajar a Moscú, Alemania federal parece ahora más dispuesta que nunca a hacer concesiones, y muchos políticos americanos de primera importancia dicen en su país que de Gaulle es un precursor.

¿ CONOCE VD. ?

Los tratamientos para la BELLEZA del CUERPO



**CRÈME
ANTICELLULITE**
"adelgaza"



**BODY
MILK**
"suaviza"



**BAIN
RAJEUNISSANT**
"rejuvenece"



Arrête la marche du temps